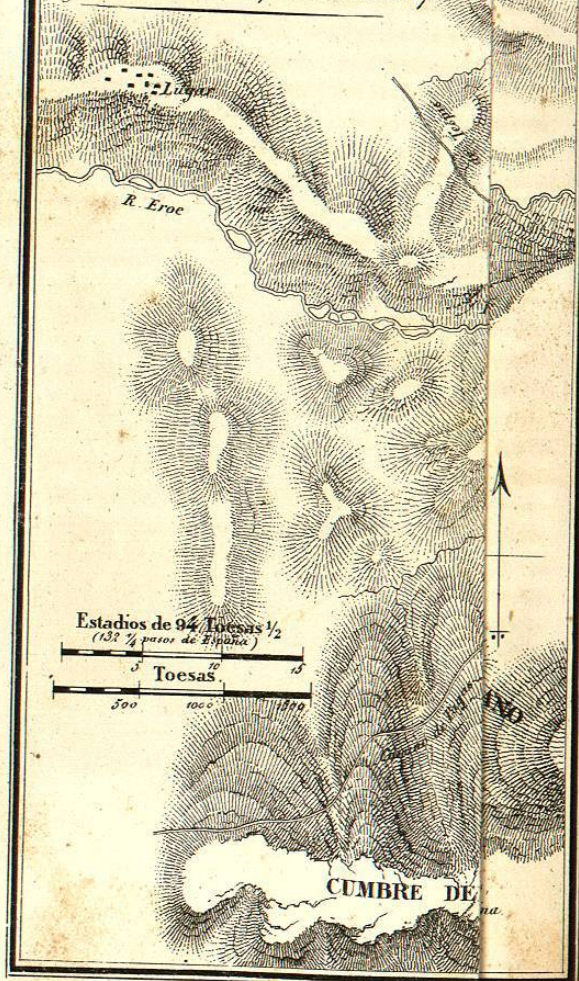


PLAN
del Campo de Batalla
DE PLATEA

Segun Sir John Spencers Stanhope



desfiladeros, no hubiera podido, ni desplegar su caballería en el combate, ni asegurar su retirada en caso de derrota. La Beocia, al contrario, ofrecía grandes llanuras, un país fértil, muchas ciudades prontas á recoger las reliquias de su ejército, porque á excepcion de los de Platea y Tespis, todos los pueblos de estos países se habian declarado por los Persas.

BATALLA DE PLATEA.

Mardonio puso su campo en la llanura de Tebas, á lo largo del rio Asopo, cuya orilla izquierda ocupaba, hasta las fronteras del país de los Plateenses. Para encerrar sus bagages, y proporcionarse un asilo, hacia circunvalar con un foso profundo, y con muros y torres de madera un espacio de diez estadios de extension por todas partes**.

Los Griegos estaban enfrente, al pie y sobre el declive del monte Citeron. Aristides mandaba á los Atenieses, y Pausanias á todo el ejército***. Aquí fué donde los generales extendie-

* Véase el plan de la batalla de Platea.
 ** Cerca de novecientos y cuarenta y cinco toesas.
 *** Se hallaron á la vista los dos ejércitos el 10 de setiembre del año 479 antes de J. C.

ron la fórmula de un juramento, que los soldados repitieron con entusiasmo. Era el siguiente: « yo no preferiré la vida á la libertad: no abandonaré á mis gefes, ni durante su vida, ni despues de su muerte: haré los honores de sepultura á los aliados que mueran en la batalla: despues de la victoria no arruinaré ninguna de las ciudades que hayan combatido en favor de la Grecia; y diezmaré todas las que se hayan unido á sus enemigos: en lugar de reedificar los templos que él ha quemado ó destruido, quiero que permanezcan las ruinas, para recordar continuamente á nuestros nietos el furor impio de los bárbaros. »

Una anécdota referida por un autor casi contemporaneo, nos pone en estado de juzgar de la idea que la mayor parte de los Persas tenían de su general. Comia Mardonio en casa de un particular de Tebas con cincuenta de sus oficiales generales, otros tantos tebanos, y Tersandro, uno de los principales ciudadanos de Orcomena. Al fin del convite, nacida ya la confianza entre los convidados de las dos naciones, un persa puesto al lado de Tersandro, le dijo: « Esta mesa, garante de nuestra fe; y estas libaciones que hemos hecho de consuno en honor de los dioses, me inspiran un secreto interes hácia vos. Es tiempo de pensar en vuestra seguridad. Veis estos persas que se

« abandonan á sus delirios; habeis visto ese ejército que hemos dejado á orillas del rio. « ¡Ay, de aquí á poco no vereis de todo ello « mas que unas reliquias miserables! » Lloraba cuando decia esto, y sorprendido Tersandro, le preguntó si habia comunicado sus temores á Mardonio, ó á sus confidentes; y el extranjero respondió: « ¡ó mi querido huesped, el hombre « no puede evitar su hado! Muchos persas han « previsto, como yo, el que les amenaza; y « todos juntos nos dejamos arrastrar de la fatalidad. La mayor desgracia de los hombres es, « que los mas sabios son siempre los que tienen menos crédito. » El autor (Heródoto. lib. ix. cap. xvi.) lo oyó al mismo Tersandro.

Viendo Mardonio que los Griegos se obstinaban en guardar sus alturas, envió contra ellos toda su caballeria, mandada por Masistio, que gozaba del mas alto favor con Xerxes, y de la mayor estimacion en el ejército. Despues de haber los Persas insultado á los Griegos llamándolos cobardes, cayeron sobre los Megarienses, que estaban acampados en un terreno mas llano, y que con el socorro de trescientos atenienses hicieron una larga resistencia. La muerte de Masistio los libró de una derrota completa, y puso fin al combate. Esta pérdida fué un motivo de duelo para el ejército persa, y una materia de triunfo para los Griegos, que vieron pasar

por todas sus filas el cuerpo de Masistio, que habian quitado á los enemigos.

A pesar de esta ventaja, la dificultad de procurarse agua en presencia de un enemigo, que á fuerza de dardos alejaba á todos los que querian acercarse al rio, los obligó á mudar de posicion, desfilaron á lo largo del monte Citeron, y entraron en el pais de los Plateenses.

Los Lacedemonios se colocaron cerca de un manantial abundante, que se llama Gargafia, y que debia bastar para las necesidades del ejército: los otros aliados fueron puestos la mayor parte sobre las colinas que hay al pie de la montaña, algunos en la llanura, y todos enfrente del Asopo.

Mientras se distribuian así los puestos, se levantó una disputa muy acalorada entre los Atenienses y Tegeates, que pretendian igualmente mandar la ala izquierda. Unos y otros alegaban sus títulos, y las expediciones de sus mayores; pero Aristides puso fin á la disputa, diciendo: «no venimos aquí para entrar en contestaciones con nuestros aliados, sino para combatir á nuestros enemigos. Declaramos, que no es el puesto el que da ó quita el valor. En vuestras manos nos ponemos, ó Lacedemonios: sea el que fuere el puesto que nos señaleis, nosotros le ensalzaremos tanto, que acaso será el mas honroso de todos.» Los Lacede-

monios opinaron por aclamacion en favor de los Atenienses.

Un peligro aun mas inminente puso la prudencia de Aristides á una prueba todavia mas cruel: supo que algunos oficiales de su tropa, que eran de las familias mas distinguidas de Atenas, meditaban una traicion en favor de los Persas, y que la conjuración hacia todos los dias grandes progresos. Lejos de hacerla mas temible con pesquisas que la hubieran instruido de sus fuerzas, se contentó con hacer arrestar ocho cómplices. Los dos mas culpados huyeron, y á los otros, mostrándoles los enemigos, les dijo: la sangre de aquellos es lo único que puede expiar vuestra culpa.

Apenas supo Mardonio que los Griegos se habian retirado al territorio de Platea, cuando, haciendo subir su ejército á lo largo del rio, le puso segunda vez en presencia del enemigo. Se componia este de trescientos mil hombres sacados del Asia, y de cerca de cincuenta mil beocios, tesalienses, y otros griegos auxiliares. El de los confederados constaba de cerca de ciento y diez mil hombres, de los cuales los sesenta y nueve mil y quinientos estaban armados á la ligera. Habia allí diez mil esparciatas y lacedemonios, ocho mil atenienses, cinco mil corintios, tres mil megarienses, y diversos cuerpos pequeños con que contribuyeron otros pueblos

ó ciudades de la Grecia. Todos los dias venian otros nuevos. Los Mantineenses y Eleenses no llegaron hasta despues de la batalla.

Hacia ocho dias que los ejércitos estaban á la vista, cuando un destacamento de la caballeria persiana, pasando el Asopo por la noche, se apoderó de un convoy que venia del Peloponeso, y bajaba del Citeron. Los Persas se hicieron dueños de este paso*, y los Griegos no volvieron á recibir provisiones.

El campo de estos últimos fué insultado muchas veces por la caballeria enemiga en los dias siguientes. Ninguno de los ejércitos se atrevia á pasar el rio. Por una parte y otra el adivino, sea por sí mismo, ó sea por impresiones extrañas, prometia la victoria á su partido, si estaba sobre la defensiva.

El dia once juntó Mardonio su consejo**. Artabazo, uno de los primeros oficiales del ejército, propuso el retirarse á los muros de Tebas, y no aventurar una batalla, sino corromper, á fuerza de plata, á los principales ciudadanos de las ciudades aliadas. Este parecer, que aprobaron y abrazaron los Tebanos, hubiera ido poco á poco separando de la confederacion á la mayor parte de los pueblos que la componian. Por otra

* El 17 de setiembre del año 479 antes de J. C.

** El 20 de setiembre.

parte el ejército griego falto de viveres se veria obligado en pocos dias á dispersarse, ó á combatir en la llanura. Mardonio desechó con desprecio la propuesta.

A la noche siguiente*, habiéndose adelantado un caballero desertado del ejército de los Persas hácia el campo de los Atenenses, hizo decir á su general, que tenia que comunicarle un secreto importante; y luego que llegó Aristides le dijo este incógnito: «Mardonio cansa inútilmente á los dioses para tener auspicios favorables. Su silencio ha retardado hasta aquí el combate; pero los adivinos se esfuerzan en vano para contenerle. Mañana al amanecer os atacará. Espero que despues de vuestra victoria os acordareis de que he arriesgado mi vida por libraros de una sorpresa: soy Alejandro, rey de Macedonia.» Acabadas estas palabras, volvió el caballo, y á galope tomó el camino del campo.

Aristides marchó luego al cuartel de los Lacedemonios: allí se tomaron las medidas mas sábias para rechazar al enemigo; y Pausanias declaró un parecer, que Aristides no se atrevia á proponer por sí mismo: este era oponer los Atenenses á los Persas, y los Lacedemonios á los

* La noche del 20 al 21 de setiembre.

griegos auxiliares de Xerxes. Con esto, decia, combatiremos unos y otros con tropas que han experimentado ya nuestro valor. Tomada esta resolucion, los Atenenses pasaron al romper el alba á la ala derecha, y los Lacedemonios á la izquierda. Penetrando Mardonio sus designios, hizo pasar los Persas á la derecha, y no tomó el partido de volverlos á su antiguo puesto, hasta que vió á los enemigos restablecer su primer orden de batalla.

Este general no miraba los movimientos de los Lacedemonios, sino como una confesion de su cobardía. En la embriaguez de su orgullo, les daba en cara con su reputacion, y les hacia desafios insultantes. Enviando un rey de armas á Pausanias, le propuso terminar la contienda entre la Persia y la Grecia por un combate entre determinado número de esparciatas y de persas; y como no se le diese respuesta, hizo marchar toda su caballería. Esta inquietó al ejército griego por todo el resto del día, y aun llegó á cegar la fuente de Gargafia.

Privados los Griegos de este único recurso, resolvieron retirar un poco su campamento á una isla formada por dos brazos del Asopo, de las cuales una se llama Peroe; y desde allí debian enviar la mitad de sus tropas al paso del monte Citeron, para arrojar de él á los Persas, que interceptaban sus convoyes.

Levantóse el campo por la noche* con la confusion que se podia esperar de tantas naciones independientes, resfriadas por su inaccion, y sobresaltadas de resultas de sus retiradas frecuentes, y por la escasez de viveres. Algunos fueron al sitio señalado, y otros, descaminados por sus guias, ó por un terror pánico, se refugiaron cerca de la ciudad de Platea.

La partida de los Lacedemonios y Atenenses se retardó hasta la salida de la aurora. Estos últimos tomaron el camino de la llanura: los Lacedemonios seguidos de tres mil tegeates desfilaron por la falda del Citeron. Llegados al templo de Ceres, apartado diez estadios, tanto de su primera posicion como de la ciudad de Platea, se detuvieron para esperar á uno de sus cuerpos, que se habia negado mucho rato á abandonar su puesto; y aquí fué donde los alcanzó la caballería persiana, destacada por Mardonio para suspender su marcha. « ¡Mirad allí, exclamó este general en medio de sus oficiales, mirad allí á esos Lacedemonios intrépidos, que nos decian que nunca se retiran á la vista del enemigo! Nacion vil, que no se distingue de los demas griegos mas que por un exceso de cobardía, y que bien pronto va á pagar la pena que merecc.»

* La noche del 21 al 22 de setiembre.

Pónese despues al frente de la nacion guerrera de los Persas y de sus mejores tropas; pasa el rio, y se avanza á pasos dobles en la llanura. Los demas pueblos de Oriente le siguen en monton dando gritos, y al mismo tiempo su ala derecha, compuesta de griegos auxiliares, ataca á los Atenienses, y les impide auxiliar á los Lacedemonios.

Habiendo Pausanias formado sus tropas en un terreno inclinado y desigual, cerca de un arroyuelo, y del recinto consagrado á Ceres, los dejó mucho tiempo expuestos á los dardos y flechas sin que ellos se atreviesen á defenderse. Las entrañas de las víctimas no anunciaban mas que sucesos funestos. Esta desventurada supersticion hizo morir á muchos soldados, que sentian menos perder la vida, que una muerte inutil á la Grecia. Al fin, los Tegeates no pudiendo contener el ardor que los animaba, se pusieron en movimiento, y fueron luego sostenidos por los Esparciatas, que acababan de lograr, ó de procurarse auspicios favorables.

Al acercarse, tiran los Persas sus arcos, cierran las filas, se cubren con sus escudos, y forman una masa, cuya pesadez é impulso detienen y rechazan el furor del enemigo. En vano, sus escudos formados de frágiles materias, vuelan en pedazos; rompen las lanzas con que se les quiere herir, y suplen por un corage feroz el defecto

de sus armas. Mardonio al frente de mil soldados escogidos tuvo dudosa largo tiempo la victoria; pero cae luego herido con un golpe mortal. Los que le cercan quieren vengar su muerte, y son sacrificados al rededor de él. Desde este momento los Persas se desordenan, son arrollados, y forzados á huir. Su caballeria detiene por algun tiempo al vencedor; pero no le impide llegar al pie del retrincheramiento que los Persas habian levantado cerca del Asopo, y que recibió las reliquias de su ejército. Las mismas ventajas habian logrado los Atenienses en el ala izquierda: habian experimentado una grande resistencia en los Beocios; pero debilísima en los demas aliados de Xerxes, irritados sin duda con las altanerías de Mardonio, y con su obstinacion en dar la batalla en un lugar tan poco ventajoso. Los Beocios en su fuga arrastraron tras si toda el ala derecha de los Persas.

Aristides, lejos de perseguirlos, vino luego á juntarse con los Lacedemonios, que poco versados todavía en el arte de sitiarse, atacaban sin fruto el campo atrincherado en que estaban encerrados los Persas. La llegada de los Atenienses y demas confederados no puso miedo á los sitiados, quienes rechazaban con furor á cuantos se presentaban al asalto; pero al fin los Atenienses habiendo forzado el atrincheramiento y destruido el muro, se precipitaron los Griegos en el

campamento, y los Persas se dejaron degollar como víctimas.

Desde el principio de la batalla, Artabazo, que tenía á sus órdenes un cuerpo de cuarenta mil hombres; pero que mucho tiempo habia que abrigaba en su pecho resentimientos secretos por la eleccion que Xerxes habia hecho de Mardonio para mandar al ejército, se habia adelantado, mas para ser espectador del combate, que para asegurar el buen éxito. Luego que vió retroceder á las tropas de Mardonio, dió á las suyas orden de seguirle, y en su fuga tomó el camino de la Fócide; atravesó el mar de Bizancio, y se fué á Asia, donde quizá se le hizo un mérito de haber salvado una parte del ejército. Todo lo demas, excepto cerca de tres mil hombres, pereció en el atrincheramiento ó en la batalla.

Las naciones que se distinguieron en esta jornada, fueron por una parte los Persas y los Sacos; y por otra los Lacedemonios, los Atenienses y los de Tegea. Los vencedores alabaron el valor de Mardonio, el del ateniense Sófanés, y el de cuatro esparciatas, á cuya frente se debe poner á Aristodemo, que en esta ocasion quiso borrar la deshonra de no haber perecido en el paso de las Termópilas. Los Lacedemonios no hicieron honor alguno á sus cenizas. Decian que resuelto á morir mas bien que á vencer, habia

abandonado su fila durante el combate, y mostrando un valor de desesperacion mas que de virtud.

Entre tanto los Lacedemonios y los Atenienses aspiraban igualmente á la recompensa del valor: los primeros porque habian batido las mejores tropas de Mardonio, y los segundos porque habian forzado el retrincheramiento. Unos y otros defendian sus pretensiones con una altanería, que no les dejaba lugar para renunciarlas. Los ánimos se irritaban, y los dos campos resonaban con amenazas; y se hubiera llegado á las manos sin la prudencia de Aristides, que hizo que los Atenienses se comprometiesen en el juicio de los aliados. Entonces Teogiton de Megara propuso á las dos naciones que renunciasen el galardón, y le adjudicasen á algun otro pueblo. Cleócrito de Corinto nombró á los Plateenses, y se reunieron todos los votos en su favor.

La tierra estaba cubierta de los ricos despojos de los Persas, en cuyas tiendas resplandecia el oro y la plata. Pausanias hizo guardar el bötín á los hilotas, y se reservó el diezmo para el templo de Delfos; y una gran parte todavia para levantar monumentos en honor de los dioses. Los vencedores partieron entre si lo demas, y llevaron á sus naciones el primer origen de la corrupcion.

Se tributaron todos los honores á los que habian muerto con las armas en la mano. Cada nacion levantó un sepulcro á sus guerreros, y en una junta de generales hizo Aristides aprobar este decreto: «que todos los años envíen «los pueblos de la Grecia diputados á Platea, «para renovar con sacrificios augustos la memoria de los que habian perdido la vida en «el combate: que de cinco en cinco años se «celebrasen juegos solemnes, que se llamarían las fiestas de la Libertad; y que los Plateenses, no teniendo en adelante otros cuidados que hacer votos por la salud de la Grecia, serian mirados como una nacion inviolable, y consagrada á la divinidad.»

Once dias despues de la batalla * marcharon los vencedores á Tebas, y pidieron á los habitantes, que les entregasen los ciudadanos que les habian inducido á someterse á los Medos. Negándose á ello los Tebanos, fué sitiada la ciudad; y estaba en peligro de ser tomada y destruida, si uno de los principales culpados no hubiera sido de parecer de ponerse con los de su faccion en manos de los aliados. Se lisonjeaban de que podrian rescatar sus vidas con el sacrificio de las sumas que habian recibido de Mardonio; pero Pausanias, insensible

El 3 de octubre del año 479 antes de J. C.

á sus ofrecimientos, los condenó á muerte.

La batalla de Platea se dió el dia tres del mes boedromion, en el segundo año de la olimpiada setenta y cinco *. El mismo dia la armada de los Griegos, mandada por Leutiquidas, rey de Lacedemonia, y por Xantipo el ateniense, logró una señalada victoria de los Persas cerca del promontorio de Micala en Jonia; y los pueblos de este pais, que la habian llamado en su socorro, entraron despues del combate en la confederacion. Este fué el fin de la guerra de Xerxes, mas conocida con el nombre de guerra meda, que duró dos años, y acaso nunca han sucedido tan grandes cosas en tan poco tiempo, ni nunca semejantes sucesos han producido tan rápidas revoluciones en las ideas, en los intereses y en los gobiernos de los pueblos. Sobre los Lacedemonios y Atenienses produjeron efectos diferentes, segun la diversidad de sus caracteres y de sus instituciones. Los primeros no trataron mas que de descansar de sus triunfos, y apenas manifestaron algunas señales de zelos contra los Atenienses. Estos últimos se abandonaron repentinamente á la ambicion mas desenfrenada, y se propusieron á un tiempo despojar á los Lacedemonios de la preeminencia que tenian en la Grecia, y de proteger contra

El 22 de setiembre del año 479 antes de J. C.